

# Con profunda sencillez...

POR JUANJO GRANDA\*

**S**iempre hicimos gala de naturalidad y sencillez militante y eso, querido amigo y hermano, nunca dio beneficios materiales; sólo el placer de compartir ese sentimiento, nuestra fraternidad en ese aspecto quedará fuera de dudas en el recuerdo de quien aún puede ejercerlo aunque sea con dolor. Todo el trabajo, la reflexión y el esfuerzo lo canalizaste hacia tu obra, y de ella hacia la vida y viceversa. También decíamos siempre que esta gran inutilidad, fragilidad de nuestro destino social no merecía tanta dedicación y penalidades. Tu postura fue más severa, cercana a la misantropía, y no pocas veces discutimos por un comportamiento que te situaba al borde de la ruptura con quien debía concederte la “deferencia” de contratarte. Tuviste que esperar y demostrar una y otra vez tu indiscutible aportación artística a este vulgar panorama de nuestro *arte teatral*, para que contaran contigo, por compromiso de pura vergüenza artística. Y justo cuando llegaba el momento de un posible reconocimiento hemos tenido que decirte adiós.

No me cansaré de manifestar mi disconformidad ante el destino que siega el valor y la belleza y permite que la intriga y la zafiedad se coloquen en los puestos significativos de nuestra cultura. Cuánta manipulación y engaño. Lo malo, querido amigo, es que nadie tiene conciencia de que lo hace mal, y si la tiene se aprovecha de lo que le toca en suerte o se gana sin importarle el espacio que quita a otros y lo poco que se lo va a agradecer la sociedad, que en el fondo es para quien trabajamos; qué le vamos a hacer. Mantendré mi postura y mi diálogo interior compartido ahora contigo, y a trabajar como siempre para demostrarme a mí mismo con ayuda de los verdaderos amigos, lo que siento y pienso sobre el teatro si es que eso vale para algo.

Con frecuencia estás conmigo al escuchar algún madrigal de Monteverdi, o el preludio de *Traviata*, o la *Elegía* de Faure, o... No existe el tiempo, tan sólo lo que nos unía y lo seguirá haciendo siempre hasta que mi memoria se diluya también: la música. Puedo imaginarte en diálogo placentero con el maestro florentino y fantase-

ando sobre la provocación que supuso su *Orfeo* o su *Incoronazione* en su entorno social. Seguro que también tendrás frente a ti, o muy próximo al antipático de Bellini... pero no te preocupará porque podrás decirle lo que piensas de su obra sin temor a revancha o alguna clase de castigo. Si supieras lo que te envidio en ese sentido, poder decir lo que piensas sin consecuencias fatales para la continuidad y libertad de tu existencia profesional. Hace unos días fui a ver *El misántropo* y no pude por menos que volver a recordarte en toda la

función. El mensaje es tan demoledor e ingenuo a la vez, que roza lo trágico. Te has liberado del tan repugnante que hacer del comportamiento social, el correcto y conveniente proceder de no decir nunca lo que realmente piensas sino lo que interesa al bien común. Este juego comienza a ser cansado y aunque sepamos que tal juego tiene su sentido, igualmente daría que nos inventáramos el contrario, puesto que no resolvería el mal de fondo y el decir la verdad se anularía con el desarrollo de la facultad de no escucharla, de impermeabilizarla; en el fondo no escuchamos ni atendemos más que aquello que alimenta nuestro interés, no podemos dejar de sentir que todo esto es muy complejo y a veces lejano a determinados principios del placer.

Recuerdo cuando nos conocimos allá por el año 84 en el Teatro Español. Celebrábamos el cuarto centenario de la institución y entre los eventos figuraba tu espacio dedicado a Tirso en el salón que lleva su nombre y en el que se encuentra su busto en mármol. Yo dividía mi esfuerzo en el control técnico del proyecto y la realización de otro de los espacios, el dedicado a Lorca en el parnasillo. Te sentía en todo momento con tu bullir desesperado por realizar con tan pocos medios una idea que desbordaba las posibilidades ofrecidas, tu ansiedad era comprensible, acababas de llegar de Francia, necesitabas que te conociéramos, de hecho José Luis Gómez detectó en ti la capacidad y el interior creativo y te concedió la oportunidad: *La carta al padre*. Ya sé que pagaste el precio, pero mereció la pena. Yo encontré un amigo inseparable y nuestro teatro contó con un artista de esos que a veces no sé si se merece.

**D**os veces he viajado a Sevilla expresamente por ver una obra tuya. La primera fue en 1990 con motivo de la exposición *Andalucía y el Mediterráneo*. Era el mes de julio, casi nada. Estaba realizando un viaje “peregrinación” por lo que me dio por llamar “ruta sanjuanista”, ya que empecé en Fontiveros, pasé por Ávila y bajé a Sevilla por ver además tu exposición y luego continuar la peregrinación y acabar en Úbeda. La causa de la peregrinación era motivada por la preparación de la ópera *Luz de oscura llama*,

\* Director de escena

que trabajaríamos en el otoño de ese mismo año, aunque en esa ocasión tu tenías muchas perturbaciones en tu vida y me sucedió lo que a ti con Frigerio y la *Ana Bolena*, que nos costó mucho ponernos de acuerdo, aunque reconozco que yo salí ganando con respecto a tu relación con Frigerio, ya que esa escenografía era infumable (en tu honor digo lo que realmente siento). Pues bien la exposición de Sevilla fue una de esas sorpresas espléndidas que a veces te reserva la vida; y encima lo firmaba mi amigo Simón. La belleza de cada uno de los espacios que conformaban aquel gigantesco pabellón era deslumbrante. Es imposible creer que eso sea habitual en cualquier país en relación a una exposición de materiales arqueológicos; un derroche de belleza y buen gusto. Con cada uno de los espacios se podía haber realizado una extraordinaria representación de una tragedia clásica. Gracias Simón por aquel regalo. Estuve toda una mañana, solo, paseando por esos espacios, no me importó tanto el contenido como el continente, el clímax conseguido, la unidad de espacio físico y sonoro, el milagro de las secuencias de iluminación y el propio recorrido. Por mucho dinero que aquello haya costado nunca te pagarán los sevillanos el placer de haber disfrutado de esos momentos. En la famosa Expo de dos años después no se vio nada igual, te lo prometo, que estuve.

La otra ocasión en que me desplazé a Sevilla fue para el estreno de ese espectáculo llamado *Hondo* donde conseguiste dar forma dramática al sentir, cantar y danzar del pueblo gitano. Trabajaste con artistas jerezanos de la cuna del flamenco. Conseguiste otro sencillo y bello espacio y espectáculo, lástima que no se haya sabido o po-

dido rentabilizar ese esfuerzo. En esa ocasión pudimos estar juntos en Sevilla y pasear por los jardines de Velázquez y por los de María Luisa. Cuando hablábamos de flamenco, claro, tú estabas impregnado. También reflexionamos sobre nuestra amistad y nuestro destino artístico, y reímos y lloramos como tantas veces ante la belleza fugaz de una sonrisa o el gesto de un cuerpo espléndido que nos embarazaba. Eso fue por el 94 si mal no recuerdo.

Lo que más amamos nos mata. En ti la metáfora se ha hecho realidad y no sé a cuantos más nos tocará seguir tu destino, sois tantos ya que a veces tengo la sensación de encontrarme en otro tiempo y espacio. Los sentimientos se abrazan a las ideas y estas producen alucinaciones, estados que no puedes clasificar con facilidad. Esta terrible paradoja en la que nos movemos es tan fiel a su nombre que se recrea en la producción de confusión. Quién tuviera la facultad de alienarse y descargar responsabilidad y sentido en ese algo o alguien que dicen algunos que nos gobierna.

Termino estas líneas que he prometido escribir en tu recuerdo aunque no signifiquen ni remotamente lo mucho y bueno que siento de ti. Siempre permanecerás vivo donde quiera que me encuentre, al menos mientras tenga la conciencia de existir, porque es cierto que sólo existimos en la medida que los demás lo reconocen. Desde ese principio estarás siempre vivo en aquellos que te hemos querido y compartimos y utilizaremos tu legado artístico. Procuraré mantenerte sencillo y en esa humildad que aunque a veces no lo pareciese, habitaba en ti y pudimos compartir tantas veces.



**"Le rossignol", de Igor Stravinsky. Dirección escénica y escenografía: Simón Suárez. Teatro de la Zarzuela (1995). (Foto: Chicho).**